

# FUEGO AMIGO

BEGOÑA ELORRIETA



TXERTOa

narrativa

BEGOÑA ELORRIETA

FUEGO AMIGO

## BERMEO, NOCHEBUENA DE 1937

**H**oy, veinticuatro de diciembre de 1937, vuelvo a casa. Por segunda vez, regreso de la misma guerra. Mi futuro es incierto. En este recogimiento, alejado del bullicio del campamento militar, floto al borde de un abismo solo comparable con el vacío de mi alma. He perdido la noción del tiempo. No podría decir si inicié mi vuelta hace días, semanas o meses. Tomé la decisión tras una pelea vespertina que exaltó mi espíritu. La frustración, la sensación de hostigamiento y, por qué no, de traición reprimidos durante meses, emergieron con la lucha. ¿Qué hacía combatiendo, en contra de todos mis principios, a favor de las tropas sublevadas? Aquel no era mi sitio.

Mi huida fue improvisada... El frío extremo hacía que todos estuviesen a cubierto. Éramos pocos los valientes, o desesperados, que nos atrevíamos a desafiarlo. Allí fuera –con un cigarro en la boca y la nicotina cristalizada en los pulmones–, rumiaba mi suerte. Los destellos de algún disparo asustado se reflejaban en la niebla de forma fantasmagórica. Ante mí, la noche glacial cubría la solitaria llanura, endurecía los sonidos y creaba la prisión perfecta. Un agudo silbido, habitual en el campamento, me aturdió. Por un instante me encogí asustado. Después entendí que era mi oportunidad de

escapar de aquel infierno: podía abandonar el vasto y helado páramo de Teruel. Deserté.

“Volver a casa” retumbaba sin cesar en mi cabeza. Desbordado por la emoción orienté mis pasos hacia el norte. Crucé bosques poblados por árboles desconocidos y ríos de murmullos extraños; busqué refugio en ermitas aisladas, dedicadas a santos hieráticos. Me alejé de los pueblos necesitados de vida. Sus calles, habitadas por espectros del pasado, me resultaban amenazadoras. Evité cruzarme con otros que, como yo, buscaban su hogar. Las miradas huecas, el gesto contraído y el aura de fatalidad que les rodeaba me desesperaban. La soledad era la única compañía que me permitía indagar en mi memoria.

Carecía de mapas y no encontré señales que me indicasen el camino a Bermeo. Aun así, luché contra el desánimo y la sensación de impotencia. Hubo momentos en los que pensé que no lo lograría, pero, gracias a mi instinto y mis raíces, he conseguido volver. Reconozco el paisaje, el olor a sal y algas de la costa inunda mis sentidos. Mi hogar está cerca.

A lo lejos, la silueta del caserío descansa recostada en la ladera y los destellos de Matxitxako barren el horizonte con una cadencia infinita. Una emoción incontrolable estalla en mis pulmones y tan solo me permite un lloriqueo nervioso. Correría hacia la casa anunciando mi llegada, pero sería una imprudencia: nadie, salvo mi padre y mi hermana, debe verme. Ella, tan joven, mantiene viva la sabiduría que le transmitió mi abuela. Confío en que pueda ayudarme como siempre lo ha hecho.

Las piedras del sendero brillan húmedas bajo una luz fría. Al aproximarme, las ramas de la higuera me abrazan con su sombra. Trepo a ella y compruebo que el paisaje continúa siendo extraordinario. Mi confusa cabeza descansa en su tronco mientras observo el reflejo de la luna menguante que

asoma por el monte. El mar está en calma y el horizonte, cada vez más cercano, se funde con un lienzo de nubes bajas; la imagen está congelada por la escarcha.

Cuánto he añorado esta quietud, este silencio que lo envuelve todo. Me gustaría permanecer aquí encaramado; descansar del viaje y pensar en cómo presentarme: no esperan mi llegada. Con sigilo, me acerco a la casa y escudriño a través de la ventana. Observo con envidia la cocina caldeada. La escena me traslada a antes de la guerra, cuando la armonía era posible. El *Gabon-subil* arde en la chimenea hiptotizándose con su fuego amigo y protector. Mi hermana pequeña, Eufemi, con las mejillas sonrosadas, lee en voz alta algún libro —supongo que a la espera de que un chicharro se termine de asar en el horno—. Mi padre la mira en silencio. Con ternura. Ella mantiene la vista en las letras, y cuando levanta la mirada, le brillan las pupilas. Su porte amable siempre iluminó la estancia.

Mi añoranza es tan grande que duele.

Los destellos de un vehículo rasgan la oscuridad, se aproximan por el camino e iluminan la fachada. ¿Quién será a estas horas? Con apenas tiempo para esconderme, me agacho tras el pilón y asomo la cabeza, aprovechando un recodo en penumbra. Se abre la portezuela y la figura de mi tío Faustino se proyecta contra el suelo. Se me había olvidado que, como siempre, vendría a cenar en familia. Parece vacilar: se detiene ante el quicio e inspira. Tras murmurar “todo va a ir bien”, desaparece en el interior.

La perplejidad deja paso a la desesperación. Incapaz de contenerla, me dejo resbalar por la pared. No me puedo presentar si tienen compañía. Miro el cielo, las estrellas con sus guiños tratan de reconfortarme mientras me dirijo al establo.

“Un poco más de tiempo no es nada. Esta noche acabará todo, dejarás de estar solo”, susurran.

Recuerdo con nitidez el diecinueve de julio de 1936. Amaneció despejado en *Lastasaku*. Desde mi ventana, el verde vibrante de la ladera descendía hasta la costa y se zambullía en un mar azul intenso. Los primeros rayos de sol anunciaban un día espléndido. Todo era quietud, y, sin embargo, yo estaba intranquilo. Nos habían llegado noticias del asesinato de José Calvo Sotelo en Madrid y del descontento de algunos militares: se hablaba de una conspiración para derrocar al gobierno. En el *batzoki* y en el Casino, el sonido de la radio no cesaba. Todo eran rumores.

Ordeñé a *Pinta* como hacía a diario. Desde la casa llegaba el aroma a canela dulce; Eufemi preparaba compota y el desayuno. Mi padre, Martín Lastagarai, estaba ya sentado a la mesa cuando entré con los baldes a rebosar. Una fina arruga en la frente traicionaba su aparente calma.

–Hay que darse prisa o no llegaremos a misa mayor –apremió Eufemi.

–Anda, Santos, aligera que tu hermana está nerviosa –bromeó él como cualquier otro domingo.

Era el acontecimiento social más importante de la semana. Todos los habitantes de Bermeo, tanto los que vivían en el pueblo como los de los caseríos cercanos, asistíamos a ella. La plaza que la parroquia compartía con el ayuntamiento se llenaba de bullicio; se estrenaba ropa, los jóvenes intercambiábamos miradas y los adultos especulaban con posibles negocios. De modo que seguimos su consejo: allí nos enteraríamos de los últimos acontecimientos.

–Tiene que haber mucha gente, desde aquí se oye el murmullo. Parecen fiestas –comentó Eufemi nada más adentrarnos entre calles.

–Ojalá fuese eso –contestó mi padre más para él que para nosotros.

El rumor nos llevó hasta la explanada. Había dos mundos en ella. Junto al consistorio, hombres de todas las profesiones: pescadores, armadores, conserveros... cambiaban inquietos de corrillo. Enfrente, en la iglesia de Santa María, las mujeres susurraban. Las más devotas se dirigían con rapidez al interior de la parroquia, pasando ya las cuentas del rosario.

–Mira, Santos, tus amigos. Parece que ya ha llegado el primo de Jesús, el de Bilbao, a pasar el verano –comentó Eufemi sonrojándose.

Me giré y efectivamente allí estaban. Andoni, unos años mayor que yo, fue el primero en verme. Se dirigió a nosotros nada más divisarnos. Esta vez no tiene necesidad de venir hasta el caserío a saludar, recuerdo que pensé. Mi hermana estiró su camisa, se alisó la falda y retocó su trenza a una velocidad de vértigo.

–*Egun on*, Martín y familia.

Estrechó la mano de mi padre, que la oprimió entre las suyas. Quiso dirigirse a Eufemi pero tan solo tuvo tiempo de una inclinación de cabeza, a la que ella correspondió azorada. Mi padre requirió toda su atención.

–*Egun on*, Andoni. ¿Ya por aquí? Pensaba que este año no vendrías. ¿Cómo está todo por la capital?

Eufemi nerviosa cambiaba el peso de su cuerpo de una pierna a otra.

–Estos últimos días la tensión ha crecido mucho. En los cafés todo el mundo especula con un posible...

–Hija, ¿no son aquellas tus compañeras de costura? –le interrumpió de forma brusca, no quería alarmla más de lo necesario, mejor alejarla antes de continuar la conversación–. Por qué no vas al pórtico con ellas, aquí seguro que te aburres.

—No hace falta, padre, estoy bien —miró de soslayo a Andoni.

—Anda ve, que te están esperando —no hubo opción a réplica—. Luego entraremos nosotros.

Me dio pena, llevaba días preguntándome veladamente si sabía algo del bilbaíno y ahora que lo tenía delante tenía que irse. Sonrió a modo de despedida y sus ojos turquesa nos iluminaron. Dio la vuelta y marcó una especie de baile alrededor del kiosco hasta reunirse con ellas. Andoni torció el gesto al verla marchar. Sin embargo mi padre, aliviado por poder hablar sin que estuviese cerca, continuó interrogándole y confirmando sus sospechas.

A nuestro alrededor, el ambiente se enrarecía por momentos; nos aproximamos a los círculos formados por hombres visiblemente nerviosos:

—Está confirmado: se han sublevado en Marruecos.

—¿Se sabe quién ha sido?

—El general Franco. Parece que otros militares le apoyan.

De todas las bocacalles surgían paisanos que se unían a los corros. Las noticias, contradictorias, se recibían con ansiedad. Blasfemias y juramentos acompañaban a las manos callosas que gesticulaban con impotencia.

—Es cierto, Martín —se dirigieron a mi padre—. En el *Noticiero Bilbaíno* dicen que se ha extendido a Andalucía.

—En el *Euzkadi*, que el gobierno de la República lo ha controlado —y agitaban un ejemplar como si con ello espantasen los malos augurios.

—Pues en la radio han dicho que Valladolid y toda Castilla La Vieja le apoyan.

—Un tal Queipo de Llano, también militar, está arengando a las tropas por Radio Sevilla.

La plaza bullía y los ánimos estaban cada vez más exaltados. Andoni y yo dejamos a los mayores. Nos unimos a mis compañeros de estudios y correrías que discutían sobre cómo se llevaría a cabo el alistamiento.

—A Bilbao. Habrá que ir a Bilbao, a los cuarteles —mantenían los que, como yo, hacían Comercio.

—Estáis mal de la cabeza —rebatían los de Náutica—, se hará aquí, en los pueblos, para que sea más fácil.

—¿Sabe alguien disparar? Tendrán que enseñarnos —añadían los marinos que jamás habían utilizado una escopeta.

Los soportales de la casa consistorial eran un caos. Tras una mesa colocada de forma improvisada, un oficial del ayuntamiento intentaba tranquilizar a voluntarios eufóricos que se arremolinaban deseosos de alistarse. Algunos se dirigían ya a los camiones de reparto de pescado, dispuestos a emprender la marcha. Todos queríamos luchar contra aquellos militares que por la fuerza querían derrocar la República e imponer su proyecto totalitario.

Mi padre, que escuchaba nuestra conversación y veía el ardor en mi mirada, me sujetó por el hombro:

—Solo tienes dieciocho años, Santos. Tendrás que esperar.

Me revolví enfadado, dispuesto a enfrentarme también a él, pero Eufemi apareció asustada a nuestro lado.

—La homilía ha sido muy corta. Don Evaristo tenía prisa.

Agarró mi mano y el brazo de mi padre, y nos preguntó con voz temblorosa:

—¿Es verdad que hay guerra? ¿Qué va a pasar ahora?

Sus preguntas nos trajeron la certeza de que una época oscura y repleta de dificultades se aproximaba.

Eufemi nos observaba como si no quisiera aceptar la noticia. Ni mi padre ni yo supimos qué contestar. En su lugar, la abrazamos como si con ello pudiésemos protegerla de lo

que se avecinaba. Estábamos abrumados. A pesar de que la situación política se había complicado los meses anteriores, nunca hubiésemos imaginado algo así.

—Hay que esperar —dijo mi padre—. Todo dependerá de lo que haga el general Emilio Mola en Pamplona.

—¡Martín! —la voz acelerada del tío Faustino sonó a nuestra espalda—. ¿Sabes lo que ha pasado?

Mi padre le palmeó el hombro, a modo de saludo.

—Nos acabamos de enterar. ¿Qué hará Mola?

—Se ha adherido. Dicen que está detrás de todo.

Continuaron comentando los pormenores. Yo me alejé y me perdí entre la gente. Estaba enardecido. A medida que la radio repetía las palabras de Franco, la incredulidad se iba apoderando de mí.

*“... En estos momentos es España entera la que se levanta pidiendo paz, fraternidad y justicia; en todas las regiones, el Ejército, la Marina y Fuerzas de Orden Público se lanzan a defender la Patria...[...], amenazada por el desgarramiento territorial...”.*

Cuando la evidencia se abrió paso, me faltó el aire. Marché hacia la atalaya, apartando a los que estaban alrededor. Al borde de la escarpadura me detuve e inhalé profundo. Contemplé la isla de Izaro; escudriñé su superficie hasta localizar el convento arrasado por los piratas. No volvería a ocurrir. Nuestra tierra no sería devastada ni nuestros fueros abolidos si yo podía contribuir a evitarlo. La furia sorda que sentía se convirtió en determinación: tenía que presentarme voluntario. Me alisté.